



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© 2026, Maite Carranza y Júlia Prats

Inspirada en una obra publicada en Fiction Express.

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-590-4

Depósito legal: M-2573-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**TIERRAS DE LAC**

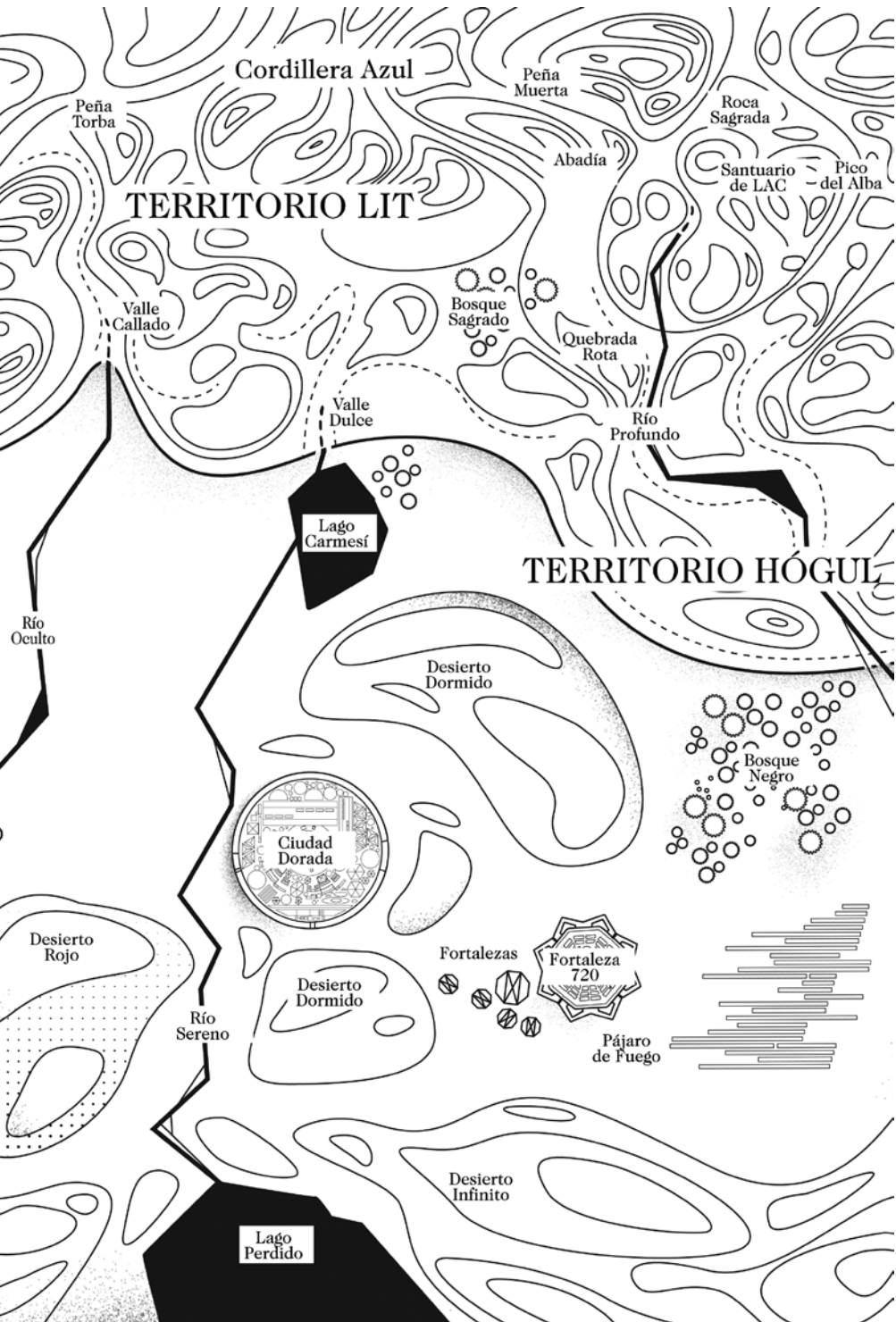
**El**  
**Pájaro**  
**de**  
**Fuego**

**MAITE CARRANZA**  
**JÚLIA PRATS**



MAR OSCURO





Cordillera Azul

Peña Torba

Peña Muerta

Roca Sagrada

TERRITORIO LIT

Abadía

Santuario de LAC

Pico del Alba

Valle Callado

Bosque Sagrado

Quebrada Rota

Valle Dulce

Río Profundo

Lago Carmesi

TERRITORIO HÓGUL

Río Oculto

Desierto Dormido

Bosque Negro

Ciudad Dorada

Desierto Rojo

Río Sereno

Desierto Dormido

Fortalezas

Fortaleza 720

Pájaro de Fuego

Desierto Infinito

Lago Perdido



## ***La profecía del Pájaro de Fuego***

*Cuando el Pájaro de Fuego atraviere los cielos de LAC,  
los vientos callarán, los ríos cambiarán su curso  
y el tiempo abrirá las puertas de una nueva era.*

*Entonces las bestias saldrán de sus bosques,  
desenterrarán el hierro dormido  
y declararán la guerra a los hijos de la luz.  
Los señores, desde sus montañas, se alzarán  
en defensa de sus tierras.*

*El templo brillará entre las rocas,  
y, desde él, la voz sagrada guiará sus pasos.  
Pero el equilibrio penderá de un hilo ardiente.  
Tras el vuelo del Pájaro de Fuego,  
nada permanecerá igual.*



**LIBRO DE LAC — Códice 1**  
**De la Iluminación, el Pacto y la Creación**

**La Iluminación**

*En los días que precedieron a la Gran Catástrofe,  
las plagas se multiplicaron,  
las pandemias devoraron las ciudades  
y los desastres naturales desgarraron los confines del mundo.*

9

*LAC habló desde su Santuario oculto y dijo:  
«De entre la confusión elegiré a los míos.  
A ellos confiaré la tarea de reconstruir el mundo.  
Serán treinta familias.*

*Les mostraré el camino hacia las tierras nuevas,  
donde el sentido prevalecerá sobre la locura».*

*LAC iluminó a los treinta,  
que, guiados por su resplandor, partieron del Santuario  
y viajaron hasta los pies de la cordillera Azul.*

*Allí, donde el aire era frío y claro,  
fundaron sus moradas.*

*Y LAC les habló nuevamente, diciendo:  
«Seréis los fundadores de mis Tierras.*

*Vuestro linaje será noble  
y vuestro mandato, perpetuo».*

*Así comenzó la era de los lit.*

## **El Pacto**

*Los lit honraron a LAC y le prometieron obediencia.  
A cambio, LAC les ofreció protección, conocimiento y prosperidad.*

10

*Y dijo:*

*«Os concedo las cumbres y sus aires limpios,  
no para el sacrificio, sino para el gozo.*

*Vuestro descanso será mi ofrenda,  
y de vuestra dicha obtendré mi consuelo».*

*Así, los lit eligieron la vida alta y generosa de las montañas,  
rodeados de belleza y abundancia.*

*Construyeron salones de mármol y cristal,  
vistieron tejidos finos y compartieron banquetes.  
Celebraron fiestas y ceremonias en nombre de LAC,  
y el placer se volvió gratitud.*

*Practicaron el ejercicio como arte  
y el ocio como disciplina.*

*Porque LAC es complaciente con sus elegidos  
y en su alegría halla confirmación de su poder.*

*Y así quedó sellado el pacto:*

*«Mientras los lit honren mi nombre en la abundancia,  
mi luz brillará sobre sus casas  
y sus días serán largos».*

## ***La Creación***

*Guiados por esta alianza,  
los lit seleccionaron embriones humanos  
para dar forma a los wur, fuertes y sumisos,  
destinados a las tareas más duras;  
y a los zan, inteligentes e infatigables,  
llamados a servir en las labores del pensamiento  
y la administración.*

**11**

*Entonces LAC reunió a los trece dirigentes de las Casas  
y les habló desde su Santuario, diciendo:  
«Levantad Ciudad Dorada, capital de mis Tierras.  
Alzad sus murallas, sus cúpulas y sus edificios  
para albergar a los zan,  
y desde allí regid la logística  
y el gobierno de mi dominio.  
Con la fuerza de los wur  
y la inteligencia de los zan  
sostendréis el equilibrio del mundo».*

Y LAC añadió:

*«Extenderéis mi orden hacia los desiertos.*

*En el desierto Dormido, al sur de Ciudad Dorada,*

*edificaréis ochocientas treinta fortalezas,*

*donde morarán los wur destinados al trabajo*

*y a la obediencia.*

*Y en el desierto Rojo, entre río Sereno y río Turbio,*

*levantaréis trescientas setenta y dos fábricas,*

*para que nunca falten las ofrendas que me son debidas.*

12

*Cada piedra será puesta en mi nombre,*

*y cada jornada será memoria de mi mandato».*

*Así quedaron establecidos los lit, los wur y los zan,*

*y comenzó el orden que aún rige Tierras de LAC.*

# CAPÍTULO 1.

## SENDA

*Territorio lit. Castillo de la Casa Orsboa.  
Patio de armas*

La luz oblicua del atardecer resbalaba sobre el patio de armas de mi castillo, enclavado al pie del pico Eterno. El viento otoñal hacía crujir las hojas secas de los alisos, mezclando su susurro con el murmullo expectante del público.

13

Observé de reojo el corte de mi antebrazo sin perder de vista a mi rival. La sangre ya me empapaba la muñeca y goteaba sobre la arena. Baro aprovechó mi descuido para cambiar su espada de mano y atacarme sorpresivamente por el flanco izquierdo. Pero conocía sus trucos de ambidiestro, salté a un lado y lo esquivé en el último segundo.

Baro era el favorito y el público le aplaudía jugase limpio o no. En cambio, yo, Senda, era una piedra en el zapato para los Trece, que solo deseaban que él ganara el torneo lo antes posible y que se proclamara vencedor. Sin complejos. ¿Por qué una mujer entorpecía un combate amistoso?

Yo sabía que de amistoso no tenía más que el nombre. Desde el primer segundo estaba siendo examinada, juz-

gada y condenada de antemano. A los Trece, los patriarcas de las mejores Casas lit, que escogerían al próximo comandante entre los vencedores de los torneos de hermanos ulteriores, les molestaba mi presencia en los combates. Nunca una mujer había ostentado ese cargo y yo no sería la primera.

14 Baro, harto, arremetió sin vacilar y me asestó cinco golpes seguidos. Apreté los dientes y los bloqueé uno tras otro, sujetando la espada con ambas manos. Ni yo misma podía creerlo, pero había resistido el embate a pesar del dolor en el brazo y del aturdimiento que me impedía pensar. De pronto, sin intuir siquiera la estratagema, me vi lanzada por los aires y aterricé de bruces en el suelo. Baro había decidido sorprenderme usando la fuerza bruta y, desde las gradas, se escuchó una ovación cerrada. Sabiéndose ganador, me apuntó con la hoja afilada de su acero impidiéndome cualquier movimiento.

El árbitro empezó la cuenta atrás.

—Diez, nueve, ocho...

Noté cómo me poseía la rabia. Observé al público con la sensación de que había perdido una oportunidad de oro. No estaba vencida, pero sí inmovilizada. Los Trece no disimulaban sus preferencias, estaban de parte de Baro, igual que nuestro dios LAC. Baro, el hijo ulterior de la Casa Marnich, sería el comandante militar del nuevo batallón lit.

Aunque no todos estaban de acuerdo. Mi padre, Dago, el patriarca de la Casa Orsboa, frunció el ceño y se agitó en su trono de madera. Esperaba más de mí, deseaba mi

victoria. Cruzamos una mirada y la severidad de sus ojos me hirió. «No eres digna de llevar mi sangre, no merezco perder», parecía gritarme.

Cierto. Dago aspiraba a ser el Sumo Pontífice y no podía permitirse la derrota de su hija. «Levántate y continúa», me reprochaba sin palabras, tal y como hacía durante sus entrenamientos.

—Seis, cinco, cuatro... —cantaba el árbitro.

Yo escuchaba la cuenta atrás de los segundos que darían la victoria a la Casa Marnich y pisotearían el honor de la Casa Orsboa. No podía permitirlo.

—Tres, dos...

En el penúltimo segundo lancé una patada en la espiñilla a Baro que, pillado por sorpresa, se dobló de dolor. La agilidad, que era mi principal baza, me ayudó a incorporarme de un salto y a atacarle con la espada que todavía sujetaba en la mano derecha. Baro, rápido de reflejos, frenó el golpe, pero esa vez no pensaba detenerme hasta mi propio final. Atacaba con ferocidad porque era la más fuerte, la más hábil, la más ambiciosa y, sobre todo, porque estaba harta de disimularlo.

El último golpe fue cruel e hirió a mi contrincante en la mejilla. El público rugió enardecido; pero yo estaba dispuesta a todo y Baro, que lo sabía, se amedrentó. Con mi estocada definitiva, conseguí desarmarlo y un gran silencio se adueñó del patio de armas. La espada de Baro, con el escudo de armas de la Casa Marnich en la empuñadura de plata, voló por los aires y cayó derrotada sobre las piedras.

Era la vencedora, pero nadie parecía alegrarse. Paseé la vista entre el graderío, retándolos con las piernas firmes, la cabeza alta y las pupilas brillantes. Y me sentí poderosa y estúpida a partes iguales, hasta detectar una mueca de asombro en mi padre.

El árbitro, con gestos torpes, tomó mi mano, la alzó y me proclamó vencedora. Mis hermanos pequeños, Gea y Trino, arrancaron a aplaudir entusiasmados mientras el resto del público se dividía entre el desconcierto y la indignación. Con el rabillo del ojo vi cómo Baro, humillado ante los Trece, cerraba los puños con rabia.

Mi momento de gloria se esfumó en unos instantes por culpa de la irrupción de un carruaje de la Casa Treveste conducido por cuatro alazanes negros. Su entrada despertó gran expectación y todo el interés del público se desvió unos metros a la derecha del patio de armas. Los espectadores se levantaron de sus asientos y vitorearon a los recién llegados, una pareja joven que saludaba desde las ventanillas del carruaje.

Abrieron un pasillo para dar la bienvenida a los protagonistas de la fiesta. A Ronda, la primogénita de la Casa Orsboa, mi hermana mayor, y a su prometido Remo, el primogénito de la Casa Treveste. El torneo se había convocado en su honor, para celebrar su futuro enlace, y ni siquiera lo habían presidido.

No quise sentirme ofendida, pero lo estaba. Ronda me eclipsaba y me ignoraba.

Descendió del carruaje apoyada en nuestra madre. Mi hermana era muy hermosa, aunque había adelgazado y

estaba pálida. Su prometido le ofreció el brazo con galantería, y Ronda, que cojeaba de la pierna izquierda, avanzó flanqueada por ambos. Los aplausos y los gritos de los invitados me irritaron. Los únicos méritos de mi hermana consistían en ser bella y primogénita, dos virtudes heredadas. Pero tampoco la envidiaba lo más mínimo; no cambiaría mi futuro en el ejército por una vida monótona y sosa en compañía de un primogénito engreído.

Apenas conocía a mi hermana mayor, pero siempre que atisbaba por las ventanas me parecía una joven solitaria y triste. A diferencia de los hermanos ulteriores, relegados al ala este, los primogénitos se criaban en el ala principal del castillo. Y, sin embargo, tenía que reconocer que Ronda era muy atractiva y que con ese vestido de tul azulado con motivos plateados y el tocado de perlas recorrigiéndole el cabello negro estaba majestuosa.

Baro aprovechó la distracción de su llegada para dirigirse a los vestuarios sin despedirse. Me quedé sola en la arena y me pregunté si mi triunfo había valido la pena, luego me escabullí detrás de Baro. Lo único que me apetecía en aquellos instantes era meterme bajo la ducha de agua fría para limpiarme el cuerpo de barro, sangre y decepción. Hiciese lo que hiciese, nunca lograría complacer a LAC plenamente. Solo era una vulgar hija ulterior.

La oscuridad de los anchos muros del castillo resultaba reconfortante. El olor a moho, a humedad y a historia atenuó mi cansancio y borró mis preocupaciones. Estaba en casa, había vencido, me dije para tranquilizarme, y pronto podría cumplir mi sueño de dirigir un ejército.

Entré en el vestuario y un escalofrío me recorrió la columna al notar cómo una mano me tapaba la boca, inmovilizándome. Me estremecí ante el tacto frío de un filo contra mi garganta.

—¿Creías que te saldrías con la tuya? —me susurró Baro aflojando su mano para permitirme hablar.

Se me aceleró el pulso y creí que el corazón me saldría del pecho.

—¿Querías que te dejara ganar por lástima? —le reté temerariamente.

18

Baro gruñó y me dio la vuelta, encarándome con violencia. Sus ojos azules eran más afilados que la hoja de su espada.

Parpadeé dos veces mientras él bajaba la cabeza y me besaba con tal ímpetu que me dejó sin aliento. Intenté zafarme, pero él no me lo permitió y me arrinconó contra la dura pared de piedra. Podía notar su ira acumulada y las palpitaciones de su pecho. Cuando por fin recobré el aliento, esboqué una sonrisa cómplice y le devolví el beso con tanta o más pasión que él.

—Sabes que soy mejor que tú —le piqué.

Eso pareció gustarle, me mordisqueó el cuello y me rodeó con sus brazos.

—Ni lo sueñes, no quería humillarte delante de tu padre.

Le respondí sin palabras, besándolo sin tregua. Y esa vez callamos los dos, enzarzados en un nuevo combate de besos, caricias y gemidos.

—¡Senda! ¡Corre! ¡Ven! ¡Tienes que verlo! —nos interrumpió la voz de mi hermanita Gea.

Aparté a Baro de un empujón y me arreglé la ropa con rapidez.

—¿Qué sucede? —disimulé limpiándome el sudor de la frente.

—Rápido, ¡es el Pájaro de Fuego! —gritó mientras me agarraba de la mano.

Salimos los tres al exterior justo a tiempo de ver cómo un objeto volador, envuelto en llamas, surcaba el cielo y desaparecía en el horizonte.

## CAPÍTULO 2. ROR

*Territorio zan. Ciudad Dorada.*

*Despacho de supervisión de comunicaciones*

20 Ror se encorvó para acercarse a la pantalla y actualizó la aplicación de vigilancia por tercera vez esa mañana mientras daba un sorbo rápido al té de nutrientes.

—¡Ay! —se quejó levemente dando un respingo.

Estaba tan enfrascado en su tarea que no había notado que el té ardía y se había abrasado la lengua.

Su subalterno, otro joven zan llamado Lex, levantó los ojos de la pantalla para dedicarle una mirada de desaprobación. Estaban condicionados para aguantar el dolor estoicamente, sin molestar.

—Me he quemado... —se justificó Ror. Ese tipo de reacciones ponían en duda su autoridad.

Pero Lex no le prestaba atención. Se había puesto en pie y perseguía a manotazos a algún ser invisible.

—¿Qué ocurre?

—Un insecto, se ha colado un insecto en nuestro recinto.

—Es imposible. En Ciudad Dorada existen hasta cuatro barreras y fumigan a diario —y recitó una vieja lección—: LAC dispuso «Viviréis dentro de muros y

cristales sin tierra ni semilla, pues vuestro juicio no ha de ser turbado por lo salvaje».

Lex asintió.

—Por eso. Debemos eliminarlo.

Ror permaneció sentado ante su pantalla; un controlador no podía descuidar su trabajo ni un segundo, pensaba mientras un punto negro móvil cruzaba su ángulo de visión y se posaba confiado sobre la mesa. Se transportaba solo y no era una mota de polvo. Sin dudarle un instante, la mano se cernió sobre el diminuto objeto y lo atrapó.

21

Lex escudriñaba todos los rincones del pequeño cubículo immaculado.

—No lo entiendo, estaba aquí hace un segundo y ahora parece que ha desaparecido.

Ror sentía el golpeteo de unas diminutas alas contra la palma de su mano. Le gustó la sensación de tomar contacto con otro ser vivo. Era extraño, muy extraño, ese cosquilleo que se extendía a lo largo de su brazo, aunque por otra parte era natural, puesto que su sistema nervioso reaccionaba al estímulo del roce. Ni siquiera había podido analizar de qué tipo de insecto se trataba. Si lo comprobaba, era muy probable que Lex acabase con él. Prefirió mantener su aparente indiferencia.

—Siéntate y continúa. Si se ha escondido, ya saldrá —ordenó a su subalterno para restaurar la pizca de autoridad perdida por culpa del té caliente.

Se aseguró de que Lex estuviera de nuevo inmerso en su tarea para extraer un pequeño bote de su cajón y, con

mucho cuidado, introducir al insecto dentro. Con un objeto punzante horadó la cajita y la volvió a guardar. Luego, en la intimidad de su habitación y lejos del escrutinio de Lex, analizaría debidamente al ser vivo que había osado franquear todas las barreras imaginables de Ciudad Dorada y la cúpula de seguridad. Curiosamente, la red de realidad aumentada no lo había detectado. Ese insecto no debería estar ahí, era una anomalía tan improbable que los sistemas de detección no lo contemplaban. Por eso los filtros no lo habían ocultado, por eso podían verlo. A Ror le pareció fascinante que tantas casualidades azarosas ejemplificaran a la perfección el caos natural que la sociedad racional y controladora, supervisada por LAC, luchaba por mantener fuera de sus fronteras. La naturaleza era poderosa y encontraba rendijas por las que colarse y desestabilizarla.

Lanzó un suspiro y se concentró en su pantalla repleta de lucecitas de colores que se movían por el mapa de Ciudad Dorada y sus alrededores. Cada puntito correspondía a uno de los muchos vehículos de reparto que entraban y salían de la urbe. Al pulsar encima con el cursor se leía: «Camión de pienso», «Furgón de vigilantes wur», «Camión de ofrendas a LAC». Su tarea consistía en supervisarlos y comprobar que no se desviarán de su ruta establecida. No era el trabajo más apasionante del mundo, pero entrañaba una gran responsabilidad. Los supervisores zan, como él, también alertaban sobre posibles ataques hógul. Por suerte, en esa época eran infrecuentes. Se producían sobre todo durante el mes de oscuridad y solían atacar las fortalezas.

De pronto, algo llamó su atención. Una luz no identificada se movía a toda velocidad por el mapa siguiendo un derrotero imposible.

Ror se rascó la cabeza, confundido. No tenía ningún sentido; la zona por la que avanzaba el objeto móvil se hallaba en la cordillera Azul, en los lindes del territorio lit, al norte. Había sobrepasado el pico Eterno y se dirigía hacia valle Callado. Pero su ruta no era previsible, comenzaba a virar hacia el este siguiendo un eje diagonal. Era absurdo que un vehículo se moviese por el cuadrante noreste a esa velocidad y sorteando todos los accidentes geográficos. A no ser que...

23

Se acercó a la pantalla con los ojos muy abiertos. Parecía imposible, pero era la única explicación. Tecléo con furia unos instantes y pulsó el comunicador con mano temblorosa esperando impaciente la respuesta de su gerente de línea.

—Supervisión de rutas comerciales del distrito de Ciudad Dorada —respondió una voz femenina de forma mecánica.

—Aquí ROR7644HT2V, controlador del Área 5, Ciudad Dorada. He detectado una anomalía.

—¿En qué ruta de distribución se encuentra la anomalía?

Tuvo que aclararse la voz antes de hablar:

—No está en ninguna ruta de distribución, se encuentra en el cuadrante 15-A y se dirige a 830 kilómetros por hora hacia el 16-C.

La gerente tardó en responder y Ror se incomodó.

—Imposible. Esa velocidad es inalcanzable y no existe ninguna ruta accesible en esos cuadrantes. ¿De qué vehículo se trata?

Ror titubeó, valorando si decirlo en voz alta. Ni él mismo se lo creía, pero jamás había errado ningún cálculo. Por eso, a pesar de su juventud, se hallaba destinado en un puesto relevante.

—Se trata... Se trata de un vehículo aéreo.

24

Lex levantó la cabeza al instante y su rostro expresaba el mismo estupor de la supervisora, que tardó unos angustiosos veinte segundos en responder. Suficientes para que Ror se arrepintiera de haber abierto la boca. Los vehículos aéreos no existían y el mero hecho de que se atreviese a insinuar que había detectado uno era una locura.

—He trazado el recorrido y calculado su trayectoria —añadió.

—¿Y bien? —inquirió su supervisora.

Ror tragó saliva antes de responder.

—Alto porcentaje de probabilidad de colisión contra la Fortaleza Educativa wur 720.